



**Catequesis pronunciada por el Emmo. Sr. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana, en la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud.**

**Río de Janeiro, Brasil,
26 de julio de 2013.**

Tercera catequesis:

“Ser misioneros: ‘¡Id!’ ”

La evangelización nace de la experiencia del encuentro con Cristo. La experiencia de la salvación de Cristo en nuestra vida concreta produce alegría, gratitud y el deseo de transmitir la Buena Nueva a todos los que la necesitan. Compartimos el grito del apóstol San Pablo: “¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!” (1Cor 9, 16), porque es poder de salvación para cada ser humano. Pero no olvidemos cómo fueron acercándose a Jesús los primeros discípulos; llevados unos por otros.

Recordemos que nosotros también hemos recibido la fe en Cristo de otras personas; formamos parte de una gran cadena que transmite el Evangelio. Como los atletas de las Olimpiadas se pasan la llama, así nosotros estamos invitados a transmitir la luz de Cristo.

Pero, a menudo nos preguntamos ¿qué es evangelizar, cómo se evangeliza?

Debemos buscar en Jesús la respuesta a esa pregunta en lo que se refiere al anuncio del Evangelio, lo que Jesús hace y desea que hagamos lo encontramos en la oración de Jesús y esto de una manera más clara y más próxima que en sus enseñanzas y discursos. Esa oración de Jesús, concretada en el Padrenuestro, nos da a conocer y descubrir en ella a Jesús como Aquel que nos trae la salvación y que desea que la salvación llegue a todos.

El Padrenuestro descansa sobre una piedra fundamental que es como un monolito de un solo y único deseo: “Venga tu Reino”. Esa es la gran petición del Padrenuestro. Podríamos sintetizar la oración en los dos elementos fundamentales que la integran: 1º: la invocación y, 2º: el deseo que expresa la breve oración. Esto se halla en las palabras “Abba, venga tu Reino”. En la invocación “Padre”, con la que Jesús, de una manera incomparablemente íntima y personal, mira hacia lo alto, verticalmente, hacia su Padre amado; y en el deseo expresado en la oración “venga tu Reino” que con una amplia visión de futuro contempla en perspectiva, horizontalmente, la salvación del mundo y de la historia de la humanidad, pero especialmente la salvación de cada individuo al desear que venga a la tierra el Reino de Dios. Esa mirada vertical y la mirada horizontal integran una Cruz.

Cuando se conoce después cómo la salvación de Dios incide en la palabra y la obra de Jesús, en su comportamiento y su destino, en su existencia y en su persona, se contemplará con mucha más profundidad lo que es propio de Jesús y dónde centra su vida. Jesús sabe que está alimentado por el Padre que lo ama, como lo están las aves del cielo, y que está vestido por Él como los lirios del campo, mientras El se preocupa por proclamar la llegada del Reino de Dios; Jesús se sabe enviado por el Padre a proclamar su Reino, es más, El

mismo trae el Reino de Dios. Cuando envió a sus discípulos a predicar de dos en dos debían anunciar que el Reino de Dios había llegado.

Este es el anhelo central de la oración de Jesús y Dios Padre demostrará la grandeza de su Hijo por su solicitud amorosa hacia el pobre y el desvalido, manifestará su majestad por medio de su clemencia y manifestará su gloria por medio de su descenso hacia nosotros.

1º: Jesús no presenta la cercanía de la salvación bautizando, como lo hacía Juan el Bautista, sino por medio de su trato con pecadores. En ello se ve claramente lo diferente que es la visión de Jesús, que toca el corazón humano para decirle que el Reino de Dios ha llegado, que la salvación ha llegado, de la que tenía el Bautista, quien pide que todos se arrepientan de sus pecados porque va a llegar el juicio de Dios; es tan diferente que Jesús tuvo que tomar distancia de él. Para Jesús, en su proclamación, la salvación es lo primero, no el juicio. El Bautista hablaba a los hombres y los invitaba al arrepentimiento de los pecados porque iba a llegar el juicio de Dios y ellos en ese momento debían estar preparados para salvarse: “Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego.” (Lc 3, 9) El Bautista ofrece el bautismo, su bautismo, para purificar a los pecadores pues llegaba ya el juicio de Dios, pero Jesús anuncia la salvación que llega y que ya ha llegado y exhorta a aceptarla con fe: “Conviértanse, porque está cerca de ustedes el Reino de Dios”... “El Reino de Dios está en medio de ustedes”, dirá Jesús en una ocasión. Según Jesús, Dios quiere evitar que se produzca el pecado y la culpa con su gracia preveniente, es decir, la gracia de Dios nos ayuda para que no llegue el pecado y la culpa que trae consigo. Jesús se ocupa de los pecadores y se convierte en un signo eficaz de la gracia y del perdón de Dios, de tal modo que Dios se presenta en su grandeza, en su Divinidad, cuando se acerca a nosotros con su Reino, cuando desciende y se anonada y se hace pequeño, de tal manera que Dios se agacha y perdona de antemano como Abba, como Padre querido, esto mueve el corazón del pecador, no la amenaza del juicio. Jesús mueve por amor, no por temor. Cada uno de nosotros, a nuestro modo, debemos acercarnos así a Dios y así al alejado, al pecador, al no creyente.

2º: Jesús mantiene esta proclamación original del Reino de Dios como un compromiso a favor de los pecadores: “Yo no he venido a buscar a los sanos, sino a los enfermos”, “yo no vine a condenar al mundo, sino a salvarlo” y vive para pecadores hasta su muerte de Cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Jesús, en el momento de morir, se convierte en representante de Dios, que lleva consigo el santo y siempre justo amor de Dios para cargar sobre sí, al padecer, toda la culpa del mundo, toda nuestra culpa, soportándola y llevándola en su corazón, para superarla amando: “Perdónalos Padre, porque no saben lo que hacen”. Las mismas palabras de Jesús en la cena hacen resaltar y expresan claramente lo que ya se indica en la oración del Señor: “Esto es mi cuerpo que se entrega por ustedes... éste es el cáliz de mi sangre... derramada por ustedes y por muchos” y esto después de haber lavado los pies de sus discípulos. Pero esta humillación es majestad de Dios, sus padecimientos son su gloria, su descenso hasta nosotros es glorioso.

Con Jesús ha llegado el Reino de Dios. Jesús es el Reino de Dios en medio de nosotros. Pero Jesús no era una figura de Mesías, de rey terrenal con pretensiones de grandezas mesiánicas y terrenales aquí en la tierra, de cualquier modo que ésta se entienda, sea en el ámbito de la acción política, profética o sacerdotal. (Cuando multiplicó los panes huyó del lugar porque querían hacerlo Rey).

Los discípulos comprenderían cuando Jesús resucitado los envió al mundo entero a anunciar la buena noticia, a evangelizar, lo que significaban profundamente sus palabras: “Como el Padre me ha enviado, así los envío yo: Vayan y hagan discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo... a quienes perdonen los pecados les quedan perdonados”. Ellos debían pues saberse enviados por Cristo a dar la buena noticia de que Jesús había traído el Reino de Dios y que los pecados eran perdonados por la ofrenda salvadora de Cristo en la Cruz, que al resucitar gloriosamente da vida abundante, vida divina a todo el que cree en El.

El discípulo debe anunciar a aquél que no vino a condenar, sino a salvar y debe ser él mismo mensajero de la misericordia de Dios y estar animado por el amor como su Maestro y debe llegar con su misión a todos: al miembro de su familia, a los alejados, a los más pobres, socorriendo a los necesitados, ayudando a quienes necesitan aliento y consuelo.

La evangelización es un acto de caridad, un acto de amor con el que se manifiesta el Amor eterno de Dios por cada persona, familia, pueblo y nación. El anuncio de Cristo nace de la compasión del Señor por este mundo, que sufre, por no conocer al único y verdadero Dios y a su enviado, Jesucristo (cfr. Jn 17,3). Los jóvenes están llamados a ser apóstoles del Evangelio en medio de otros jóvenes, junto a sus coetáneos; preocuparse por eso, sobre todo por los jóvenes que sufren, por los que están solos y lejos de Dios. Se trata de “salir de uno mismo, a las periferias del mundo y de la existencia, para llevar a Jesús”¹. ¿Qué cosa más bella y más grande podemos dar sino a Dios mismo? “Quién no da a Dios, da muy poco”². Se pide también una gran humildad, porque no se trata de hablar de nosotros, sino de Dios.

Para ser auténticos misioneros, los jóvenes tienen que estar firmemente arraigados en Cristo mediante la oración y los sacramentos, y pedir al Espíritu Santo el don del celo misionero. El misionero a menudo está expuesto a gente cerrada al mensaje, o indiferentes y a la oposición de otras sectas, no creyentes, etc. Como Jesús, tiene que abrazar la Cruz. En esta misión no podemos estar solos, sino que necesitamos a la Iglesia, comunidad de los fieles. Por ello, ¡los jóvenes están llamados a participar en la vida de un grupo parroquial, en un movimiento o en una comunidad de fe, para que juntos puedan dar testimonio de creatividad misionera y anunciar el Evangelio de la salvación!

Jesús invita a sus discípulos al don total de su vida, con fe incondicional en Dios. Que los jóvenes no duden en responder positivamente si el Señor los llama como sacerdotes, consagrados o consagradas. ¡Jesús los está llamando a la alegría! “Cuántos jóvenes, por medio del generoso don de sí mismos... con gran entusiasmo, han llevado la Buena Nueva del Amor de Dios, que se ha manifestado en Cristo, con medios y posibilidades muy inferiores con respecto a los que disponemos hoy”³.

En resumen: Ser misionero no consiste en aprender una metodología, en tener facilidad de palabra o en repetir con buena memoria a otros algo que hemos aprendido.

¹ Homilía pronunciada por Su Santidad el Papa Francisco el Domingo de Ramos, 24 de marzo de 2013.

² Mensaje de Su Santidad el Papa Benedicto XVI para la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud, 18 de octubre de 2012.

³ Mensaje de Su Santidad el Papa Benedicto XVI para la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud, 18 de octubre de 2012.

Todo esto puede ser útil, pero lo fundamental es el amor a Jesús, que se cultiva en la intimidad con él, por medio de la oración y sobre todo de la Santa Eucaristía. Sin esto no hay verdadero ardor apostólico, sino cuando más un entusiasmo pasajero y nos cansamos pronto y nos ponemos a ver si hemos tenido éxito o no, si algunos han venido a la fe o no y nos desalentamos si son pocos.

El gozo del evangelizador está en anunciar a Cristo, en darlo a conocer; el resto es de Dios. El misionero no da la fe, sólo Dios la concede. Al misionero le toca sembrar la semilla, lo demás depende de la tierra, la lluvia y la acción misteriosa de Dios.

Ser evangelizador no es un carisma propio de algunos. La Iglesia es misión y todos en ella: el Papa, los obispos, los sacerdotes y todos los fieles tienen una única misión: Anunciar a Jesucristo.

Cada uno puede tener su carisma para anunciarlo de un modo o de otro, pero no olvidemos que es sobre todo importante el testimonio del evangelizador, la coherencia en su persona, se requiere una vida consecuente con la fe.

Pero nadie es perfecto, todos somos pecadores y no podemos esperar a ser cristianos intachables para proclamar que Jesús es el Salvador. Debemos ser humildes ante los otros, reconociendo nuestros límites, pero poniendo ante todo nuestra sinceridad, buena voluntad y buenos propósitos para poner nuestra vida al servicio del Evangelio.

(El joven que se acercó a Jesús... No estás lejos del Reino de Dios).

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2013©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original